



Comentario a Ricardo Fraiman y Marcelo Rossal: *De calles, tranças y botones. Una etnografía sobre violencia, solidaridad y pobreza urbana*, Editorial Ministerio del Interior: Montevideo, 2011, 279 páginas.

Esteban Rodríguez Alzueta
LESyC-UNQ

Ricardo Fraiman y Marcelo Rossal son dos antropólogos uruguayos, autores del libro *De calles, tranças y botones*. Se trata de una investigación etnográfica en el espacio público de la zona céntrica de la ciudad de Montevideo, lugares donde suelen confluír niños, niñas, adolescentes y jóvenes en “situación de calle” provenientes de distintos puntos del país. Una investigación que explora las distintas formas que asume la violencia y las solidaridades. Porque la pobreza no está hecha solamente de prácticas violentas sino también de experiencias de cuidado entre sí. No se pueden estudiar las violencias si al mismo tiempo no se exploran las estrategias creativas que van componiendo aquellos actores que viven a la intemperie para

hacer frente a todas las violencias con las que se miden diariamente. Porque la pobreza tiene que ver con las violencias estructurales pero también con la desidia, el destrato, las habladurías, la desconfianzas e las indiferencias, es decir, con las violencias burocráticas, pero también las violencias simbólicas de la sociedad civil que tienen la capacidad de dejar marcas de larga duración en la subjetividad de sus destinatarios. Los autores lo aclaran muy bien: No se trata de una investigación criminológica sino de una *investigación antropológica*; no se propone saber cuántos niños, niñas, adolescentes y jóvenes subsisten en situación de calle sino cómo han llegado a sostener su subsistencia y como desarrollan su vida cotidiana, más allá de las infracciones. Un enfoque—se dará cuenta el lector—que implica el involucramiento de los investigadores con los sujetos de estudio, tratando de reponer la palabra de los jóvenes para pensar los problemas con sus respectivos puntos de vista. En efecto, se trata de pensar estas problemáticas con el punto de vista de todos los actores involucrados. No buscan confirmar la pobreza existente sino de averiguar cómo viven la pobreza y la estigmatización, cómo, además, los vecinos y distintos funcionarios perciben a estos jóvenes, cómo aparecen referenciados es sus relatos.

Los investigadores, entonces, entrevistaron a jóvenes, pero también a los vecinos de los barrios Ciudad Vieja, Centro y Cordón, y los distintos funcionarios y profesionales que tienen algún tipo de intervención en estos barrios, a saber: policías, educadores del estado y distintas ONGs. Entre las violencias estructurales y las violencias simbólicas hay un *continuum* que se averigua en el cuerpo de estos jóvenes. Violencias hechas cuerpo, una alteridad que se expresa en el cuerpo, en sus hábitos. Vivir en la calle, a cielo abierto, implica medirse con el frío y el calor, con la lluvia, las drogas y el alcohol, las peleas, las palizas, las miradas desconfiadas y el

rencor de los vecinos o botones, con el sueño, el hambre y las enfermedades. Todo eso se resiente en el cuerpo, una fragilidad presente en cada conciencia. Pero los jóvenes son mucho más que un bastidor donde se inscribe su derrotero, las desigualdades y relaciones de poder, son protagonistas de distintas prácticas a través de las cuales buscan hacer frente esas violencias: la *joda* (el uso de drogas), la *viveza* (la astucia para inventarse trabajos), la *rapiña* (la comisión de delitos), la *mendicidad* (por lo menos mientras se es niño), etc.

Los jóvenes saben que el pasaje de la niñez a la adolescencia constituye un problema. Dejarán de ser vistos como *actores vulnerables* para pasar a ser *sujetos peligrosos*, fuente de riesgo, inseguridad. Se dan cuenta porque los vecinos ya no les convidan comida, porque agarran la cartera con más fuerza cuando se cruzan con ellos, porque esquivan las miradas, pero también porque las instituciones del estado que intervienen son otras. La mendicidad, por ejemplo, pero también el trato comprensivo de la policía comunitaria y la filantropía vecinal, tienen fecha de vencimiento y con ella pierden el derecho a la inocencia. Los jóvenes saben que cuando los cuerpos se *jubilán de niños* hay que ensayar otras prácticas para conseguir esos recursos y pasar inadvertidos.

Entre la violencia estructural y la violencia delictiva está la violencia institucional (los *tranca*s), pero también la violencia que los vecinos (los *botones*) despliegan a través de las prácticas estigmatizadoras. Son mediaciones necesarias que contribuyen a perfilar trayectorias delictivas. En efecto, según los autores, en los márgenes del estado o en el centro de sus dispositivos represivos, en los lugares de transición, en las posibilidades que ellos ofrecen, en las oportunidades que les siguen negando, se juega la suerte de aquellos jóvenes, “sirven para consolidar la violencia estructural que será verificada como violencia física, interpersonal,

delictiva (sea doméstica o para obtener recursos mediante rapiñas), la que a su vez, vendrá a obliterar la violencia estructural mediante su hiperexposición”. La violencia institucional, lo que los autores llaman “situaciones de elusión institucional”, no es un factor menor sino decisivo a la hora de comprender las conflictividades delictivas que tanto preocupan a los vecinos. Eso y las etiquetas que aquellos mismos vecinos van construyendo y reproduciendo para nombrar a los jóvenes como peligrosos.

La investigación fue una iniciativa del Ministerio del Interior, con vistas a contar con mejores insumos, a calibrar las preguntas, para luego llevar adelante políticas de prevención social de la violencia. Una investigación pionera en Uruguay que tenía como telón de fondo los debates demagógicos en torno a la baja de la edad de punibilidad y el aumento de la represión.

Como se darán cuenta se trata de un libro difícil para cualquier funcionario, porque el libro los enfrentará con las prácticas contradictorias que el estado ensaya para hacer frente estas conflictividades. Un estado hecho con prácticas que sobreviven a la gestión de turno, prácticas contradictorias que terminan poniendo a las cosas en lugares cada vez más difíciles, reproduciendo las desigualdades y agravando los malentendidos. Un estado que está presente de manera contradictoria, jugando con dos manos—como le gustaba decir a Bourdieu—, al igual que los vecinos, que se debaten entre denunciarlos o apoyarlos con comida y ropa, u ofreciéndoles trabajos.

Con todo, no bastan las buenas intenciones, no alcanza con la voluntad política si al mismo tiempo no se persiste en el tiempo, no se desarrollan políticas públicas, pacientes y de larga duración, tratando de poner en crisis aquellas violencias visibles e invisibles que involucran a los jóvenes, pero sobre todo a los vecinos y los funcionarios del estado.